

El pajarito de maduro

Escribo la historia de esta maratón bajo la absoluta consternación producida por las noticias que nos llegan desde Boston, donde varias bombas han matado a personas que veían como llegaban sus familiares o a aquellos que corrían los últimos metros de una maratón. Vaya desde estas líneas nuestra repulsa por el atentado, el pésame para las familias, el homenaje para los fallecidos y los deseos de una total recuperación a quienes resultaron heridos.

Una vez más unos cuantos intrépidos del club se han desplazado a correr una maratón por tierras europeas. Esta vez la ciudad elegida era la imperial Viena, ciudad cruzada por el Danubio y con sede de la ONU entre otras cosas.

Dividido en dos grupos: los pobres y los ricos comenzó la expedición. Los primeros salieron el sábado de madrugada, corrieron el maratón y regresaron el lunes. Los más adinerados llegaron el viernes, estuvieron el sábado, corrieron el domingo, retozaron el lunes y el martes los deportaron porque no tenían papeles.

Como cabeza de expedición de los breves, los Almandoz Brothers, que contaban con la inestimable colaboración en labores de organización del Tximbo, que realizó un trabajo poco menos que excelente y Borono, en adelante O'pulpeiro, que tuvo una actuación repleta de claroscuros.

Presento mis disculpas por ceñirme más a esta segunda expedición, porque formaba parte de ella y conozco más a fondo sus vivencias.

Comenzó la jornada del desplazamiento con un protagonista inesperado: Juan Rad, también llamado "Radtlinger", que salió a las 05.15 de la mañana del portal de su casa con el gallumbo al viento, el pantalón a media pierna, la maleta abierta y el cinturón enroscado en el antebrazo cual serpiente alegórica de una estatua romana. Y todo esto enfrente del Museo del Güisqui. Putxeritos y el que suscribe nos temimos lo peor. El Radtlinger se ha equivocado de casa y le están sacando a palos. Posteriormente nos ofreció otra versión, más correcta pero bastante poco convincente.

Nos desplazamos al Aeropuerto en dos furgonetas conducidas por Ibón "Matxaki" y Koteli. Aquello parecía la cabalgata de los Reyes Magos. A 80 por hora por la autopista. Ene!! Y el Koteli "Alonso" frenando en los radares, esos de 120 por hora cuando circulaba a la mitad de la velocidad, mientras nos hablaba que era un fiel seguidor del asturiano en el mundo de la fórmula 1 y quería emularlo.

El viaje fue genial y llegamos al hotel. Allí nos esperaba "Marco o'Pulpeiro" que ejercía de "Manolo el del Bombo" pero en delgado. Se había encargado de reservar el restaurante al mediodía. Nos dice que es un restaurante típico en la gastronomía vienesa y que su especialidad es la paella. Animados, llegamos al lugar llamado Restaurant bodeguita "El Pulpo". Las banderas rojigualdas lucían en la puerta y en su interior una cabeza de toro presidía el comedor. También estaba la Jenny, esa muñeca que todo español de bien debe tener encima de la tele, la fotografía de la esposa del regio cazador de elefantes y elefantas en Botswana, el alcalde emérito de Zarzaparrilla de la Sierra, Chiquito de Bejar que debía ser un torero y otros ilustres benefactores de esta nuestra piel de toro. No se encontraba entre los expuestos monseñor Rouco Varela, pero si

algún día tenemos la suerte de regresar, seguramente ocupará un lugar destacado en la desconchada pared del establecimiento.

Otro ausente, sin duda por su condición de extranjero sin papeles, era Mister Proper porque todo ese ferial estaba cubierto por una espesa manta de polvo alpino que causó produjo una severa alergia en la piel de los “Koteli Brothers” que no sabían si meterse debajo de la mesa o saltar, cuan bandolero de la serranía de Gata, por uno de los ventanucos forrados con amarillenta mugre.

“Marco, O’pulpeiro” estaba tranquilo, conciente de su acierto en la elección. Una simpática señorita, con cerrado acento andaluz y amplio escote, nos planta en la mesa la ensalada mixta que había encargado el susodicho. Cuatro ensaladas para catorce comensales donde ni una sola hoja de lechuga se asomaba por los cuatro platos de diferente tamaño y diseño. La única similitud entre todos ellos eran los desconchones que dejaban bien a las claras que eran propiedad tan ilustre lugar. La ensalada mixta tenía jamón serrano con denominación de origen Lidl, chorizo de la sierra de cameros, pepinillos de la Granja, morcón murciano, queso de una zona fronteriza indeterminada situada entre las villas de Incomible y Detestable, una especie de aderezo que tenía la apariencia de una crema de txangurro u otra cosa, que omito decir por respeto a la concurrencia, pero que suele estar muy presente en la zona de la Kontxa los domingos por la mañana. Culminaba tan trabajada obra un supuesto excelso pedazo de queso en taco, que al paladar resulto ser un trozo de piña de la época imperial. Y todos pensando: ¡mañana el maratón!.

Siguió la comanda con la aparición de los fogones del infierno de una cazuela que definiría como “usada”, y que había padecido diversas algaradas súbitas de fuego de los reiterados calentones que aquel artificio había soportado, y que contenía una paella de dimensiones considerables. Comienza el reparto y, como no podía faltar en un restaurante de prestigio, las raciones eran de diseño. Los platos, marcados por la rigidez del tiempo que llevaban prestando servicio, eran de postre y la alegría inicial de comer una paella a la “española” se disipaba como la pastilla de Redoxon que Koteli se estaba metiendo entre cuerpo y espalda para soportar aquel dislate a la patria vasca. Una “melee” de granos de arroz vaporizados se entremezclaba con algún langostino que se conocía el camino de la cocina porque había hecho ese recorrido en reiteradas ocasiones. A los afortunados, que no les tocó aquel decápodo, fueron agasajados por un mejillón del que solo sobresalía su cáscara, porque el bivalvo estaba de vacaciones, y más chupado que el porro de un hippie. Este dislate estaba acompañado por unas coplas rocieras que podían haberse convertido en una sucesión de saetas vista la gravedad del asunto. Cuando la alegre camarera “granaina” preguntó si alguien quería postre y dijo tener crema catalana, el que suscribe pensó: ¡ni “pa” Dios, que a la natural de Barcelona seguro que le huelen los sobacos!”.

Solo faltaba la cuenta y llegué a pensar que nos la iba a entregar el mismísimo Torrente, pero no fue así. Sin embargo, asomó del dintel de la cocina un individuo que dijo ser el propietario, tener 62 años aunque aseveraba aparentar muchos menos y llevaba todas las comunidades autónomas, capitales, ríos e incluso afluentes en forma de manchas en un ceñido niki negro tres tallas menor a su excelsa figura. Al enterarse que eramos maratonianos dijo tener a mucho honra haber corrido 70 kilómetros seguidos una Nochebuena (no llegué a entender quien le seguía, los nacionales, la benemérita o un Miura encastado) y sacando la cimitarra nos asestó un sablazo, en forma de cuenta, que dejaría sin habla al mismísimo Bárcenas.

Paseo por la Viena imperial y a las siete la cena de la pasta. ¡Ja!. Aquello no era una cena de la pasta, era un pintxo-pote con plato único: macarrones danzones con tomate y un vasito de agua. Con más hambre que miedo fuimos a la cama después de una orgía gastronómica sin parangón en la historia del club.

Y llegó el día del pajarito de Maduro. En la puerta del hotel parecíamos o seguidores del gobernante del país venezolano o una cuadrilla de rumanos esperando a que nos pasasen los instrumentos para actuar por las terrazas de la capital. Todos con chándal, eso sí diferente, uno azul, otro verde, lo que nos hacía mas modernos.

Y comenzó el espectáculo. La maratón. Hacia calor, salida junto a la ONU. El grito de guerra ¡Que vamos a hacer: Ganar! Quince veces lo mismo. Salida y empieza el show. Los kilómetros van pasando, el calor subiendo y de repente aparece el pajarito de Maduro. Este era más cruel que el del visionario venezolano. Este no hacía ¡Pío Pío! y no admitía respuesta. Iba ataviado con un mazo de 450 kilos y a quienes zumbaba los dejaba arreglados. Algunos, que vieron su esbelto plumaje, decidieron que en el 21, 195 estaba su fin. Otros, más inconscientes, seguíamos correteando mientras el “alado” revoloteaba por encima de nuestras cabezas. Además el pajarito cantaba más fuerte y atinaba en su puntería a media que el esforzado corredor estaba más maduro. La llegada fue una apoteosis. Los últimos kilómetros picaban para arriba y los que venían golpeados por el mazo del pajarito comenzaron a oír voces que les hablaba sin nadie alrededor. Idílico. ¡Que grande es el maratón!

Tres “blancazos” en meta con amagos de vomitona incluida, demostraban una vez más lo sano que es el deporte, lo beneficioso que es para el cuerpo y gratificante para la mente. Estadística pura.

Visto el espectáculo prometimos pasarnos a distancias más cortas, matar al pajarito de maduro, lanzar las zapatillas al infinito. Sin embargo otros y otras decían que había sido magnifico, qué bonita era la ciudad, qué llegada mas impresionante. Y los otros pensando ¿De qué hablaban estos boludos?. ¿Yo no vi eso?. ¿Qué me perdí?.

En la comida Radtxinger se puso a hablar con Dios, entró en éxtasis y perdió el conocimiento. El pajarito de maduro revoloteaba hasta por Telepizza.

A la tarde teníamos visita guiada en autobús. El guía era una persona inquieta. Respondía al nombre de Marcelo y se apellidaba Abraham. Decía ser uruguayo, su padre libanés y su madre del país atravesado por el Río de la Plata. Había vivido en Israel y ahora lo hacia en Austria. Esto no lo puede digerir un maratoniano tras un blancazo. Es demasiada información. Aquello era como el Sálvame de Luxe a la ONU. Fue necesaria la ingesta de una cerveza para pasar aquel trago y soportar la terrible situación personal que le toco vivir a la emperatriz Sisi. Todo un drama.

En la cena pudimos libar el buen vino blanco que cosechan en aquellas tierras y los daños colaterales que producen la mañana siguiente. El ambiente extraordinario. Finalizamos en un Pub. Sin quererlo pudimos ver a otros dos Marcelos por la televisión. Estos no son guías pero si referentes. Uno es negro, juega de defensa en el Real Madrid y no conoce lo que es un alisador de pelo. El otro Marcelo, está loco, entrena al equipo del vecindario y será el próximo Tambor de Oro por las continuas

satisfacciones que nos está dando a la afición txuri urdin. La noche acabó con un 0-3 que terminó por amargarle el día al Tximbo.

El lunes, era de dolores. Solo mitigados cuando íbamos a repetir más viandas en el desayuno del hotel. Nueva visita guiada con el libano-israelí-uruguayo-austriaco y compras.

El shopping no ofreció nada nuevo bajo el sol: la bola del Tximbo, las camisetas de “vestir” de los Almandoz brothers tres tallas más pequeñas que las que visten sus destinatarias, el búho de Kalenji Luismi, los patos del Capo y, este año, un souvenir para el canino de Putxeritos, que es un fiero perro de presa que responde al nombre de Lupito, al que compró una compota especial para chuchos.

Aquí terminó la maratón. Volvimos a casa y volveremos a entrenar porque aunque nadie quiere sufrir, ni volver a correr una maratón repetiremos. ¿O no?.

Un placer

Alex Naya
DONOSTIARRAK CDK
www.donostiarrak.com
17-abril-2013